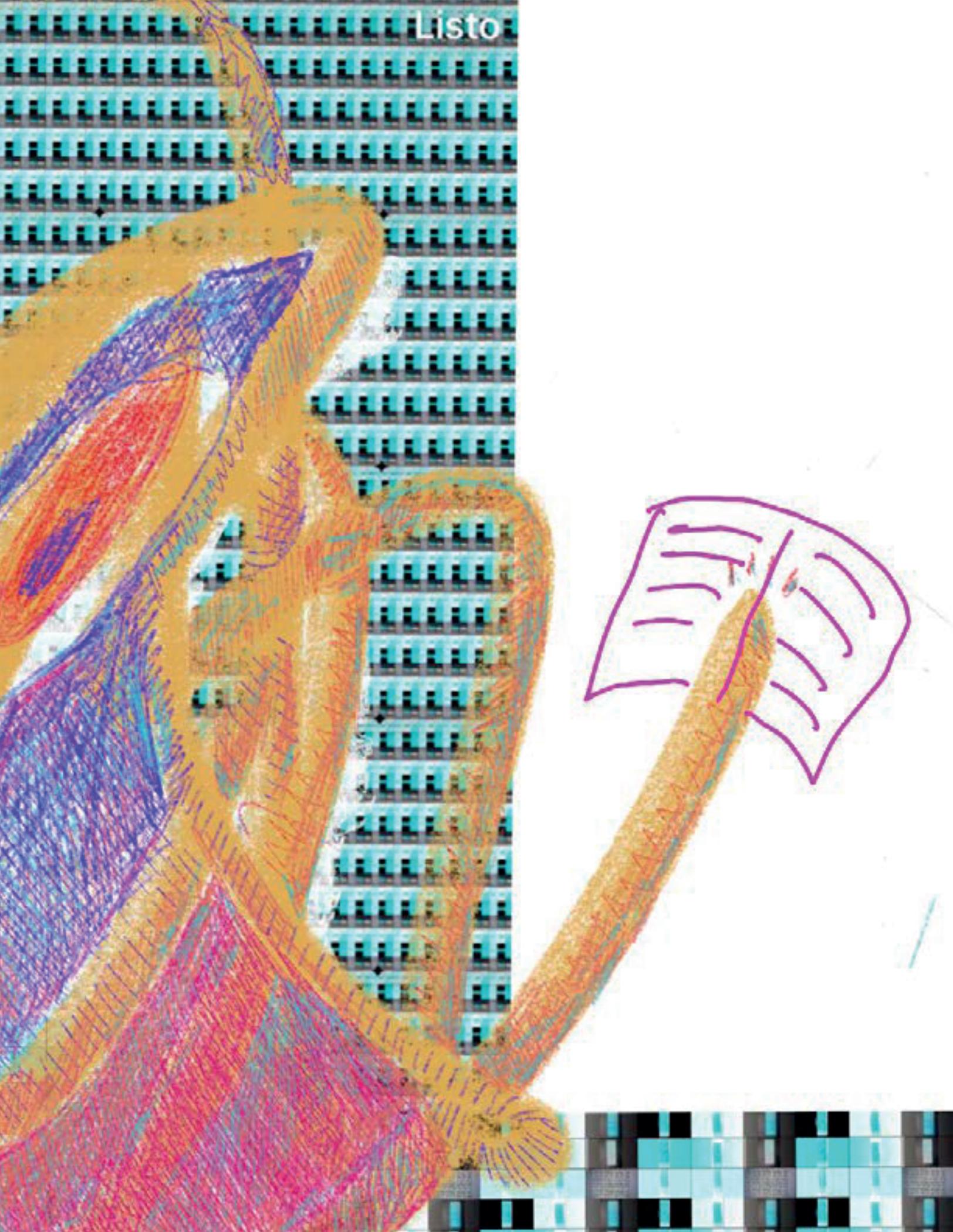


Cancelar



Listo

Listo



ESCUELA DE TRES TIEMPOS (O DE CÓMO SOBREVIVIR A LO ESCOLAR EN TIEMPOS DE PANDEMIA)

THE THREE-TIME SCHOOL (OR HOW TO SURVIVE SCHOOL IN TIMES OF PANDEMIC)

Edith Lima Báez

<http://doi.org/10.37646/huella.v15i15.532>

Notas sobre la autora:

Docente de Asignatura de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad La Salle Pachuca desde 2002.

Académica de tiempo completo de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 131 Hidalgo.

Remita cualquier duda sobre este artículo al siguiente correo electrónico: limabaezedith@gmail.com

Recibido: 9/03/2021 Aceptado: 1/06/2021



Copyright (c) 2021 Edith Lima Báez. Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).



EL AYER

La Escuela ¡cómo ha cambiado! Y cambió en menos de un mes, sí, aunque no lo creas, dio un giro vertiginoso. En las noticias escuchamos que el mundo estaba en crisis, que era necesario mantenerse en casa y confinarnos a nuestro hogar; la escuela entonces, dejaría de ser habitada como lo habíamos hecho desde que nuestra existencia se vinculaba a ella.

La escuela de mi ayer era una escuela del contacto, del abrazo, del encuentro entre miradas. Miradas en las que podías reflejarte, de sonrisas y charlas entre pasillos, de pasar el tiempo en las jardineras mientras develábamos el sentido de la vida, del camino en compañía del amigo que con su relato te impregnaba los poros de la piel como agua a la tierra, mientras esperabas el transporte para el regreso a casa.

La escuela de mi ayer, era un espacio de olores a lápiz, a mañana fresca, a sudor, a torta y café, a tinta rosando el pizarrón. Olía a trabajo entremezclado con químicos de limpieza, olía a esperanza, a sueños concretándose.

La escuela de mi ayer, era un lugar de sonidos, de trinar de pájaros, de aceite chirriando en la cocina de Doña Licha mientras con paciencia, esperabas tu turno para el desayuno. La escuela de mi ayer era el lugar de silbidos musicalizados por las intendentas mientras barrían las aulas y, también era el lugar de risas a carcajadas de las jóvenes al salir de clases porque aguantaron la formalidad y la solemnidad frente al maestro.

La escuela de mi ayer, era un lugar de imágenes, de colores y matices, de crisoles y claroscuros. La escuela de mi ayer era un plano de conjunto en el que las manos expresaban ideas; las palabras mostraban otras formas de pensar y decir más allá de la oralidad. La escuela de mi ayer era el primer plano de mi vida, el lugar de refugio de mis días nublados y de mis días de luz.

La escuela de mi ayer era el espacio del conocimiento concretado en los libros, grandes, pequeños, excéntricos y de sentido común. ¡Cómo extraño la biblioteca! ese lugar donde en recónditos lugares encontrabas lo que te hubiese gustado escribir y que alguien más lo hizo, hace mucho, hace tiempo.

En la biblioteca, los libros eran amigos y confidentes, amigos porque te dictaban lo que te ayudaría a pasar la materia o a consolidar el escrito que tanto había costado redactar por la madrugada; confidentes, porque decían justo lo que eras incapaz de decir y que con voz tibia susurraban —¡aquí está lo que necesitas!—; que en la soledad de la escritura eran compañeros incondicionales. Recuerdo la textura, los colores, los olores de los libros formados como soldados, casi era capaz de sentir su alegría cuando eran tomados y leídos y, su tristeza, por mantener la piel de polvo inmóvil.

Alguna vez robé un libro ¡lo deseaba tanto!, era un libro viejo de cuentos rusos con imágenes de Iván Bilibin,¹ lo tomé de la biblioteca de mi salón de quinto grado, y aunque la maestra preguntó quién debía algún libro, nunca asumí frente a ella mi delito. Lo he cuidado desde entonces como un guardián a las montañas. En una ocasión lo presté y pasó tiempo sin que lo devolvieran, busqué a la inculpada y como policía lo recuperé.

Pero la escuela de mi ayer, también era la escuela del señalamiento, de la uniformidad, de la repetición, del castigo, de aceptar la verdad del docente y ocultar la mía. ¡Una escuela que docilizó mi cuerpo y moldeó mi mente para la obediencia... me resisto! Educar no sólo es reproducir, es resistir, es transformar.

Recuerdo que, como en segundo de primaria, lo anterior se concretó de la forma más atroz, así lo viví. Los niños del grupo, eran niños que cuando la maestra salía del salón (que era muy seguido porque había tenido un accidente y arreglaba documentos de incapacidad) aprovechaban para jugar, brincar entre las butacas, juntarse en pequeños grupos y contar historias. Pero algunos, los más grandes hacían uso de su poder con las niñas. Se agachaban con la intención de ver lo que había debajo de nuestras faldas, mientras que morbosos, reían entre ellos. Se coludían para llevar espejos que pegaban en sus zapatos; con táctica pretendían reflejar el secreto mejor guardado. Entonces, hartas de esas artimañas, organicé a las niñas y les dije que llevaran una aguja para que, cuando se acercaran, como aguijón de avispa enterráramos el arma delgada y filosa. Eso pasó. Al día siguiente íbamos con pequeñas espadas y en cuanto el salón se quedó sin supervisión de un adulto, intentaron consolidar el reflejo de lo que había entre nuestras

1 Es uno de los ilustradores rusos más importantes del siglo XX. Nació en 1876 y murió en 1942.

piernas. Nosotras como aguerridas Amazonas, blandimos la aguja y la enterramos en las carnes de aquellos niños que sorprendidos lloraban ante nuestro orgullo por haber hecho justicia. Cuando regresó la maestra nos acusaron. Y ella hizo un juicio en el que le indignó más nuestra defensa que el motivo de la misma, a ellos les otorgó la presunción de inocencia y a nosotras nos castigó por violentas. Recuerdo sus palabras, “que te vean los calzones no te afecta, pero un piquete de aguja te puede lastimar y hasta sacarte un ojo”. Aprendí entonces a callar, y a contener la rabia de mi cuerpo ante las vejaciones. Pero afortunadamente fue momentáneo, ahora grito y ese aprendizaje escolar hierve en mi sangre como un acto de rebeldía ante cualquier injusticia, es motor feminista.

La escuela de mi ayer, era el lugar alejado de mi casa al que llegaba a través de un largo túnel verde, y que, los cansados trayectos de ida y vuelta, me recordaban que vivía en la periferia. Esa periferia que es el *borderlands*, te enseña a que despiertas temprano, comes lo que puedes y te enfrentas a otros cuerpos desconocidos en la distopía del metro. A veces, como zombi, lo único que quería era llegar a casa y dormir. Cuando llovía en la ciudad y el caos provocado por la humanidad se presentaba, trepaba con otras personas a grandes tráileres para que nos sacaran de los ríos de agua sucia y basura hecha peces, y entonces hasta la media noche llegaba a mi calle, donde mi madre me esperaba con sus brazos tibios debajo de un transformador de luz.

La escuela de mi ayer, era la escuela en la que aprendí a ser docente, a escuchar a las y los jóvenes, a reír con ellos, a romper el cerco del aprendizaje más allá de las bardas escolares. Canté con ellas, reflexioné y analicé la realidad en colaboración. Juntos aprendimos el camino de la humanidad en las aulas.

Hace algunos años, fuimos a realizar prácticas a una escuela primaria multigrado perteneciente a una comunidad marginada, de esas que hay muchas en nuestro país, por ello, el nombre no importa, ya que seguro sus características son compartidas.

Trabajamos con el grupo de tercero y cuarto de primaria, con niñas y niños de entre ocho y diez años. En el salón, sobresalía una pe-

queñita a la que le colgaban sus piernas de la silla, en silencio miraba a su alrededor, no hablaba pero sonreía. Tenía la cara sucia, despeinada, la ropa roída; sólo tenía 2 años. Lo supimos porque preguntamos. La duda nos invadió y con un poco de sospecha nos acercamos al maestro para que nos explicara por qué estaba en el salón. —Es decisión de los niños. Ellos la cuidan pues hace algunos meses sus padres murieron por culpa del narco y entonces los niños se pusieron de acuerdo para cuidarla. Así, cada semana vive en casa de uno de los niños y otra semana en casa de otra niña, pero como no tienen con quien dejarla, la traen a la escuela. Nosotros los maestros lo permitimos, eso es hacer comunidad—. Ese día trabajamos con las niñas y los niños de los tres grupos de la escuela: corrimos, cantamos, reímos a carcajadas. También jugamos trompo, pues estaba de moda. Pero al salir de la escuela y subir a la camioneta, más de uno lloramos por la crueldad de la realidad y la bondad de la misma, eso nos marcó para siempre, nunca olvidaremos a esa pequeña niña, todavía me pregunto qué será de su vida...

Pasó el tiempo y de repente, todo cambió. Y el cambio se vistió de miedo y nuestros cuerpos temblaron por lo que antes era cotidiano: el saludo, el beso, el afecto corporal. Como nunca el contacto físico se sintió como angustia y empezamos un proceso de desaprendizaje de la caricia, de palpar y degustar con la piel...

En el espacio físico de la escuela el barullo se hizo silencio, la naturaleza recobró su espacio y todo se llenó de pasto entre los rescoldos del pavimento. El zorrillo junto con el conejo que se escondían ante nuestra presencia, retozaron gustosos de un lado a otro. El tlacuache cínico siguió paseándose entre los jardines de la Universidad.

Ahora la escuela que conocía se desdibujó, la escuela presencial se convirtió en recuerdo y como fantasma entró en mi casa, a mi espacio privado y borró las fronteras de mi intimidad y el espacio público que habitaba.



EL PRESENTE

Y la escuela cambió su *topo*, su *locus* de enunciación. Como serpiente silenciosa se introdujo entre los surcos de la intimidad de lo cotidiano y desovó en el lugar de descanso para convertirlo en nido de seducciones; me hizo sentir que en el hogar la escuela sería mi aliada, un puente, un vínculo... Las primeras semanas di clases en pantuflas, desayuné a tiempo y sin prisa, me inscribí en un curso intermedio de francés y disfruté *la journée* y decir “*Je sui professeure, je travaille a l’universite*” por tres meses. Hice yoga y alineé mis chakras.

Pero después, como una sombra, la escuela me cubrió con su manto y modificó los tiempos de mi estancia. La sala se llenó de libros, la cama se quedó sin tender, el fregadero se llenó de vasos sucios y los gatos se convirtieron en ecos del espacio.

Yo, sentada ante un rectángulo frío no parpadeo. Muevo mis dedos a la velocidad de la luz para devolver a otros, con letras y palabras ordenadas, lo que en algún momento expresaba directa y de manera verbal. Tanto me quejaba del checador, de pasar la tarjeta a las ocho y deslizarla a las cuatro que no me di cuenta que ese aparatejo sinsentido mutó de visible a invisible, de físico a psíquico, y que la violencia simbólica a la que cuestionaba se mantuvo constante y se trasladó a mi interior, por ello, la escuela se constituyó en un lastre, una encrucijada... y entonces, mi espalda se cansó, se encorvó, se desdibujó la frontera de la escuela y de la casa. ¡Quiero huir, pero no sé a dónde!

Extrañé lo que fui incapaz de reconocer y di por sentado. Extrañé el aire frío en mi cara pues el de casa está viciado, extrañé el paisaje urbano de gente a prisa por llegar a la cita con la explotación, añoré el ruido de niñas y niños limpios antes de bajar del transporte. Extrañé la sensación de ingresar al salón de clases cuando aún nadie lo llenaba de murmullos y ruidos estridentes.

Ahora la escuela tiene otro rostro, otra faz y se ha mudado sin avisar, como intrusa, como ladrona a media noche, a mi recinto sagrado.

De un día para el siguiente tuve que hacer uso de otros recursos didácticos, de otras formas de estar. La planeación se volvió ingeniería y perdió su sentido artístico y de improvisación teatral. Aprendí otro lenguaje, transité de lo presencial a lo síncrono y asíncrono. Y el pizarrón y las butacas fueron reemplazadas por la pantalla de una computadora y por una silla destartalada que por años fungió como escalera.

Los libros que han llegado a mis manos en el último año, lo han hecho a través de esas agencias de envíos, ya no disfruto del aroma de las librerías, de la caricia del libro. Ahora, solo firmo y no es igual.

Y la escuela se mudó a mi casa sin avisar. Y ahí tuve que reacomodar el espacio físico para que la virtualidad no le quitara el sentido a lo escolarizado. Y prendí la computadora e ingresé códigos para ver a mis estudiantes y lo que encontré fueron recuadros oscuros con nombres. A veces, mi vista naufraga entre collages de fotografías que muestran la mejor cara de los jóvenes, a veces, observo imágenes de lo que les parece bello y con lo que se identifican. Casi no veo sus rostros, sus gestos, sus expresiones y más de una vez en clase pregunto ¿Están allí? —Nunca como ahora la soledad, la ausencia en la presencia se hace patente—.

Tal vez no se muestran porque la realidad de casa es evidente: detrás de ellos y ellas coexisten paredes despintadas y sucias, hermanos peleando, padres gritando, espacios de trabajo precarizados... hasta acá llega el olor de la pobreza, del hacinamiento y entonces, no les exijo, los comprendo, se quiénes son, sé con qué se peinan, confirmo lo que imaginaba, no veo libros ni espacios propios de estudio, veo mesas con trastes sucios y entonces, desisto de todo encanto por la enseñanza.

Una estudiante me escribió hace poco:

...para mí es muy complicado hablar sobre cómo me siento, ya que siempre acabo llorando, aunque sé que llorar libera esa carga, ya no me gusta desbordarme, pero ahora sé que es necesario quizá para que cambien algunas cosas o para que conozcan como he vivido esta nueva modalidad. Tenemos mucha carga de trabajo que se acumula, siento que no tiene fin, acabo de hacer alguna tarea y me dejan otra más, sé que como estudiantes debemos de aguantar y ser proactivas, pero en ocasiones no puedo, a pesar de que los maestros han sido flexi-

bles... me considero una alumna responsable y dedicada, pero ahora debo confesar que ya no puedo más, me siento agotada, muy cansada, lloro casi todos los días, me siento desmotivada, de hecho, en ocasiones no participo en las clases y a mí me gusta participar.

Esto de la escuela, el ser ama de casa y mamá-maestra de mi hijo, están acabando con mis energías, y eso ha repercutido en mi salud... tengo miedo de no acabar la carrera por estar enferma, y también tengo miedo de no acabar la carrera si no avanzo en la entrega de mis trabajos, estoy en crisis, me siento muy triste, pero trato de enfocarme en que ya sólo faltan dos meses para acabar la carrera y de ahí agarro impulso para continuar.

¡Cuántas ganas de abrazarla! De mirarla de frente y decirle como el poema de Neruda:

“...no sufras
Porque ganaremos,
ganaremos nosotros,
los más sencillos
ganaremos,
aunque tú no lo creas
ganaremos”

De nuevo en la escuela virtual, escucho sus voces a través de un audífono, de una bocina de computadora y a partir de lo que dicen veo su resistencia a desistir, pero la desesperación de sus vidas, de estar confinados a un lugar del que generalmente huyen también se hace presente: —maestra, se acabaron mis datos, —maestra no me pude conectar, —maestra, mi mamá está hospitalizada, —profa, no sé dónde conseguir dinero para llenar el tanque de oxígeno de mi papá... ¡qué dolor! Y yo tengo que seguir hablando de evaluación y currículum, de in-

tervención e investigación. ¡San Durkheim, San Skinner!, ¡ya no les rezaré porque sus propuestas se concretan! ¿A qué teórico me encomendaré para que apacigüe el pecado de mi práctica docente descontextualizada?

Otras veces, sin embargo, pienso que no tengo que trasladar la escuela a la casa, sino cuestionar a la propia escuela: romper con los horarios, con las evaluaciones, pensar desde otro lugar y en comunidad con las y los estudiantes... pero la institución educativa es voraz, salgo del carril y me regresa... El temor de Brandbury se concreta, ahora impera lo digital, ¿adiós libros? ¿tendré que memorizarlos? ¿beberme su olor para después describirlo?

Esta pandemia, esta maldita pandemia ha hecho que me estrellé como mosca en ventanal. Lavo trastes entre clase y clase, vuelvo conocido lo que era desconocido en casa, hurgo en los rincones de esta, paso de la sala a la cocina, de la recámara al lavadero y de este a la computadora...

Leo con desgana y la arena de mis ojos me lastima, duele y, sin embargo, corrijo, releo, respondo correos, miro el teléfono... ¡cuántas ganas de tocar con los pies el pasto, de un beso, de tocar otra mano y de mirar el cielo azul...!

Esta pandemia me ha hecho sentir la muerte sobre mi cama. En sueños mis muertos me visitan y anuncian la partida de los que se irán con ellos. He perdido amigas y compañeras de trabajo. Las páginas de las universidades parecen obituarios de funerarias, no volveremos a ver los rostros de esos que se fueron, que nos dejaron profundos vacíos.

Pero en mi corazón el rostro de Laura y María se hacen presentes. Murieron sin que pudiera despedirme. Ellas me vieron crecer y acompañaron mi andar en los tiempos de infancia. Decía Lao Tse que “La gratitud es la memoria del corazón”. A María le tengo gratitud por ser tan amorosa, por esperarme en la mesa mientras terminaba de comer porque era la niña más lenta de todas. María era la que me defendía de otros por mi flacura y mi torpeza para correr; cuando ella reía me contagiaba de carcajadas, aunque no quisiera hacerlo.

A Laura le agradezco darme la alegría de tener una casa nueva, de ser parte de los primeros viajes de adolescencia, los libros de preparatoria cuando no había recursos para comprarlos y le agradezco por siempre estar. Su fortaleza y su fuerte carácter eran del mismo tamaño que su solidaridad. Y la gratitud implica también reconocimiento y admiración hacia ellas. Le he llorado a mujeres que nunca más veré, que en la desesperación de la noche no pude hacer nada por ellas. Esta pandemia me ha enseñado, a tropezones, la importancia de un abrazo de mi padre, del beso de mi madre y los arrumacos de mi hija.

A veces, solo a veces, el dolor tatúa mi piel y entonces, quiero que mi yo del pasado me abrace fuertemente y me recuerde el olor del mar y el zumbido de los pinos meciéndose en el bosque, sólo a veces, me descubro triste y desde mi ventana, observo como se oculta el sol y la obscuridad de mi mente atraviesa al mundo con forma de noche.

Estábamos tan ocupados, tan ensimismados que no nos dimos cuenta de la libertad que nos vestía, de lo que teníamos, no nos dimos cuenta de la importancia de lo cotidiano, de la sonrisa en el otro, de transitar sin miedo, de mirar el verde de los pericos mientras atardecía, de que nos bastaba el apretón de manos y la luz que nos atravesaba en el andar de la vida.

LA ESPERANZA

¿Normalidad? ¿Qué es normalidad? ¿Qué se añora de la vieja normalidad? Acaso no ha quedado claro que esa normalidad fue la que nos llevó a la pandemia. Por qué no se ha entendido que ésta es ahora la única normalidad: en casa, confinada. He aprendido que no puedo mirar hacia atrás, añorar el pasado, desde mi presente he de construir el futuro. Nosotras, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos ¿por qué entonces vivir en el pasado? ¿por qué no transitar con paso firme hacia adelante? ¿por qué no resignificar que estoy haciendo his-

toria y que puedo, sin duda, pensar otra escuela, que necesito definir cómo imagino el futuro?

Una escuela en la que se reemplacen los hábitos del individualismo, en la que se coloque la solidaridad y la conciencia de la interdependencia como los cimientos escolares. En la que la memoria sea una constante y no olvidemos nunca, la importancia de la sonrisa de los demás, del abrazo cálido y de tejer el conocimiento juntos.

Llegaré distinta a la escuela, no añorando el pasado sino construyendo el presente de forma diferente, esa es la intención, no basta con el mar de la costumbre, llegaremos distintos porque si no lo hacemos, entonces, nada hemos aprendido.



